

INTRODUCCIONES A LA FILOSOFÍA
DE LA HISTORIA UNIVERSAL
EDICIÓN BILINGÜE

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

Edición de Román Cuartango
Epílogo de Klaus Vieweg

Ágora de Ideas

ISTMO 

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

INTRODUCCIÓN (1822-1828)

Señores:

El objeto de estas lecciones es la *historia universal filosófica* —es la propia historia universal en general, cuyo recorrido debe ser nuestro asunto; no son *reflexiones generales sobre la misma* que habríamos extraído de ella y que quisiéramos explicar a partir de su contenido, como ejemplos, sino el contenido de la propia historia universal—. No puedo basarme para ello en manual alguno. Por lo demás, en mis *Fundamentos de la filosofía del derecho*, §§ 341-360 (final), he proporcionado ya el concepto más preciso de tal historia universal, así como los principios y los periodos en los que se descompone su consideración. (Partiendo de ahí, pueden ustedes al menos familiarizarse en su forma abstracta con los momentos que serán tratados.)

Empezaré la *Introducción a nuestra historia universal filosófica* anticipando una *representación* (general, determinada) de lo que es una *historia universal filosófica*; [con ese fin provisional voy a]^I recorrerla y describir los demás *modos de exponer y de tratar la historia* —una sinopsis que no puede contener nada filosófico—; distingo *tres* modos de historiografía:

α) la historia original^{II}

β) la historia reflexiva

γ) la filosófica

α) Por lo que respecta a la *primera*, pienso, para proporcionar mediante la mención de nombres en cierto modo una imagen más determinada, p. ej., en Heródoto, Tucídides y otros —a saber: historiadores que preferentemente han tenido [ante] sí sólo los hechos, acontecimientos y situaciones que describen, los han experimentado, *vivido* en ellos, presenciado, [han] formado parte de esos acontecimientos y del espíritu de los mismos, y que han compuesto el informe sobre esos hechos, acontecimientos; *i. e.*, han trasladado aquello que hasta ahora únicamente había sucedido y tenía una existencia *al reino de la representación espiritual*, elaborándolo para ésta—, antes un *ente*, ahora

algo espiritual, algo representado. Así elabora, p. ej., el poeta para la *representación sensible* la materia que tiene en su sensación, en el ánimo interno y externo. Son también ingredientes de este tipo de historiografía los *relatos e informes de otros*; pero son —a través de otros— sólo en general el material *disperso, menor, accidental, subjetivo*, incluso pasajero. Como el poeta, debe mucho al desarrollo de su lengua, de los conocimientos formados que recibe. Pero un tal historiador es el que esparce en el recuerdo subjetivo, accidental, lo que ya ha pasado en la realidad y se conserva en un recuerdo fugaz; lo compone en un todo, lo coloca en el templo de Mnemosine, proporcionándole así una duración inmortal. Lo transplantan y le proporcionan un suelo más elevado, mejor que el suelo de lo efímero en el que ha crecido —en el reino de los (*solitarios*) espíritus ahora eternamente duraderos, como describen *los antiguos el Elíseo*, en que los *héroes* continúan haciendo eternamente lo que en su vida sólo una vez hicieron—.

De tal historia original excluyo las *sagas*, las *canciones populares*, las *tradiciones*, incluso también los mismos *poemas*; pues tales *sagas y tradiciones* son aún modos TURBIOS [de la historia] y, por eso, modos de pueblos o de partes de los mismos que son aún *turbios* en su conciencia. Más tarde volveré sobre el tipo de relación que tiene la *historia*¹ en un pueblo con este mismo¹. Los pueblos de conciencia *turbia*, o cuya *turbia* historia no es objeto, al menos no de la historia universal filosófica en general, que [tiene] como fin el conocimiento *de la idea en la historia* — los espíritus de pueblos que [han] llevado su principio a la conciencia, al saber *de lo que son y lo que hacen*.

(Tales historiadores originales transforman, pues, el acontecimiento, el hecho y la situación presentes para ellos *en una obra de la representación* y para la representación. Consecuencias que se extraen de ello: αα) el contenido de tales historias no puede

¹ Al margen: Señalar más tarde —*historia, res gesta*— que la verdadera historia (*Geschichte*) objetiva de un pueblo comienza donde tiene también una historia (*Historie*) —los indios aún ninguna. Curso de cultura de 3.500 años— no llevado aún a la cultura en la que es posible una historia

ser de gran extensión. Lo que está vivo en la propia experiencia y en el interés presente de los hombres –lo que está presente y vivo en su medio– constituye su materia esencial.

Él describe aquello en lo que, más o menos, ha participado, por lo menos ha vivido. Son *breves periodos*, figuras individuales de hombres y de acontecimientos; trabajan *a partir de intuiciones* que han vivido y pasado, componen sus cuadros a partir de los rasgos *individuales no sometidos a reflexión*, para llevarlos ante *la representación* de la posteridad determinados de igual modo *que los tenían ante sí en la intuición* o en la narración *intuitiva*.

ββ) En tales historiadores la *cultura del autor* y la (*cultura de los*) *acontecimientos* que convierte en obra, el espíritu del autor y el espíritu general de las acciones que relata, son *uno y el mismo*.

De ese modo, no tendrá que realizar de entrada reflexión alguna, pues él vive en el espíritu de la cosa^{IV}, no está MÁS ALLÁ DE ELLA *como* lo está la reflexión. En esa unidad es comprendido también más precisamente [que] en una época en la que se ha producido una mayor diferencia entre los estamentos [y] la cultura, y las máximas dependen del *estamento* al que un individuo pertenece. Tal historiador tiene que haber pertenecido al *estamento de los estadistas, generales, etc.*, cuyos fines, intenciones y hechos – hechos [que pertenecen] al mismo mundo político que describe. Si el espíritu *está formado* para la cosa misma, sabe así él también de sí mismo. Una parte capital de su vida y hacer es la *conciencia* sobre sus fines e intereses, así como sobre *sus principios*. Un lado *de sus acciones*² lo constituye el modo de *expli-*

² *Dos líneas más abajo, al margen:* Discursos son *acciones* entre hombres, acciones de *efectos* muy *esenciales*. Pero discursos en un pueblo –de pueblo a pueblo – a pueblos o príncipes–, como *acciones*, son *objeto* esencial de la historia –en especial de los antiguos (se oye sin duda a hombres a los que se toman a mal sus discursos – con frecuencia, dicen, han sido *sólo discursos* que hicieron o pronunciaron–. Si ellos juzgan correctamente sobre sí que sus discursos no son más que discursos, sin duda tienen que ser entonces declarados inocentes, pues tal discurso no es nada más que parloteo y parloteo tiene que ser –la única ventaja, pues– algo inocente.

*carse*³ [sobre sí] contra los otros, actuar sobre su representación, y mover su voluntad. Así pues, no son *las propias reflexiones del escritor* respecto de lo que él da la explicación y *la exposición de esa conciencia*, sino que él tiene que dejar hablar a las propias personas y a los pueblos sobre lo que quieren y de cómo saben lo que quieren —no pone en su boca discurso alguno extraño hecho por él—; si él lo hubiera elaborado, el contenido y esa cultura y esa conciencia serían igualmente el contenido y la conciencia del que les hace hablar así. De este modo, leemos, p. ej., en Tucídides los discursos de *Pericles*, del *hombre de Estado más profundamente culto, más auténtico y más noble* —además de *otros oradores, embajadores de pueblos, etc.*—. En tales discursos manifiestan esos hombres las *máximas de sus pueblos*, de su *propia personalidad*, la conciencia de sus *relaciones políticas*, como de sus condiciones y naturaleza *éticas y espirituales*, los *principios de sus fines, modos de obrar*, etc. Y el historiador ha reservado o poco o nada para sí con vistas a la reflexión, y lo que pone en su boca no es una conciencia extraña que les es prestada, sino *su propia cultura y conciencia*.

Si se quiere estudiar la historia substancial, el espíritu de las naciones, vivir y haber vivido en, y convivido con ellas, se tiene entonces que estudiar *detenidamente a tales historiadores, demorándose* en ellos, y nunca se puede uno demorar lo suficiente en ellos; aquí se tiene la historia de un pueblo o gobierno, reciente, viva, de primera mano. *Quien no* [quiera] *convertirse precisamente en un historiador erudito*, sino que quiera DISFRUTAR DE LA HISTORIA, puede atenerse en gran parte únicamente a tales escritores. De ello hay que distinguir las *biblias* de los pueblos; cada pueblo tiene así una biblia fundamental, un Homero. Éstos no son por lo demás tan frecuentes como se podría pensar. Tales historiadores son Heródoto, *el padre, i. e.*, el creador de la historia y además el más grande historiador, y Tucídides, dotado de una admirable ingenuidad —un libro no menos original es la *Retirada de los diez mil de Jenofonte*, etc.—. Los *Comentarios de César* de Polibio son igualmente la obra maestra, la obra

³ *Sobre la nota anterior, al lado del comienzo del texto principal: Él no necesita explicar en nombre propio los motivos (y sensaciones), llevarlos a su conciencia particular*

concisa y sencilla de un gran espíritu. Para que [haya] tales historiadores se exige no sólo que la cultura haya alcanzado un alto nivel en un pueblo, sino también que no se encuentre solitaria, aislada en el *clero*, en los *eruditos*, etc., sino que esté incorporada en los estadistas y generales. En la Edad Media, p. ej., ha habido suficientes cronistas ingenuos como los monjes, no asimismo hombres de Estado; hubo obispos eruditos que estaban en el centro de los asuntos y las acciones del Estado, que también [eran] estadistas —pero por lo demás la conciencia política no estaba formada—. Sin embargo, no son únicamente característicos de la época antigua. En la época *moderna* han cambiado *todas las circunstancias*. Nuestra cultura *comprende* en el momento y *transforma* de inmediato todos los *acontecimientos en relatos* para la *representación*, y nosotros hemos conservado en la época moderna relatos precisos, sencillos, ingeniosos, definidos, tanto sobre hechos de guerra como sobre otros acontecimientos, comparables en todo a los comentarios de César y que son aún más instructivos a causa de la riqueza de su contenido, esto es, de la referencia determinada de los medios y las condiciones.

Aquí hay que incluir muchas *Mémoires* francesas, escritas a veces por *cabezas ingeniosas sobre pequeñas series de hechos y anécdotas*, a menudo de contenido insignificante sobre una base *desdeñable*, pero también a veces por grandes cabezas ingeniosas en un campo más grande e interesante —obra maestra: *Mémoires del Cardinal de Retz*—. En *Alemania* [son] raros semejantes *escritos de maestros* que hayan tomado parte en los acontecimientos; la *Historie de mon temps* de Federico II *constituye una grandiosa excepción*. [No] basta haber sido contemporáneo de tales acontecimientos, tampoco haberlos visto de cerca, haberse encontrado en la situación, tener buenas noticias. Un escritor tiene que haber sido del *estamento*, del *círculo*, de los *pareceres*, del modo de pensar, de la cultura de los agentes que describe —*en los cuales reside el propio derecho del Estado y el poder del que gobierna*—. Sólo cuando se está arriba, se puede abarcar adecuadamente la cosa en conjunto y divisar todo en su lugar, no así cuando se contempla de abajo hacia arriba, a través del orificio de cualquier *Bouteille moral* o de *otro tipo de sabiduría* —en nuestra época [es] tanto más necesario, del limitado parecer de los estamentos — los estamentos más excluidos

de la influencia política inmediata, [de la] consideración política –vida del Estado–, se entusiasman con los principios morales y para consolarse y saberse situados por encima de los más altos estamentos –brevemente: no forman parte del mismo círculo.

α [La historia] original sólo puede abarcar un *breve periodo* –necesidad de abarcar con la vista una totalidad.

α) αα Compendio ββ opuesto – Imitación de la ampliación original, sólo *externa*.

β) Al segundo tipo de historia lo podemos denominar la historia *reflexiva*. Una historia cuya presentación va en absoluto más allá de lo que está *presente* para el propio escritor –no sólo en tanto presente en el tiempo, sino en tanto *presente* con tal viveza en el *espíritu*–. Tiene que ver con un pasado verdaderamente *completo*. En él se comprenden muy diferentes y variados tipos –eso que solemos llamar en general historiador–. En esto lo principal es la elaboración del material histórico *al que se acerca el que labora* con su espíritu, que es distinto del *espíritu del contenido*. Entonces se trata principalmente de las máximas, de las representaciones, de los principios que se hace el autor, en parte de los contenidos, de los fines de las acciones y acontecimientos, en parte del modo de escribir la historia. *En nosotros los alemanes es muy variada la reflexión* –y la inteligencia– sobre ello –cada historiador tiene en esto su propio modo y manera particularmente dispuesto en la cabeza–. Los *ingleses y franceses* saben en general cómo se tiene que escribir la historia; se encuentran más impregnados de las representaciones de una cultura común; en nuestro caso cada uno elucubra algo propio. Los *ingleses y franceses* tienen por ello excelentes historiadores –en nuestro caso, *cuando se contempla a los críticos de la historia desde hace 10 ó 20 años*, se encuentra que casi cada recensión comienza con una teoría propia sobre el modo en que se *debe* escribir la historia, una teoría que el recensor opone a la teoría del historiador. Nos encontramos en el punto de esforzarnos siempre y seguir buscando cómo DEBE ser escrita la historia.

Distintos –

αα) Se exige en suma tener la *visión de conjunto de toda la historia de un pueblo, o país, o del mundo entero*; con este propósito se hace necesario elaborar historias. Tales libros de his-

toria son entonces necesariamente COMPILACIONES realizadas, además de partiendo de informes ya elaborados de historiadores más originarios y literales, haciendo uso de *noticias e informes individuales*. [La] fuente no [es] la intuición y el lenguaje de la intuición de los que han estado allí. Este primer modo de historia reflexiva se conecta ante todo con la anterior, aun cuando no tenga ningún otro fin que *presentar a los hombres la totalidad de la historia de un país*. La índole de esta *Compilation* depende ante todo de los fines, de si la historia debe ser más detallada o no. Lo que sucede es que tales *historiadores* prefieren *escribir* la historia intuitivamente, *de tal modo* que el *lector se imagina* estar escuchando relatar los acontecimientos a contemporáneos y testigos oculares. Semejante empresa se malogra siempre más o menos. La obra entera debe y tiene que tener también un tono único, pues su autor es un individuo de una cultura determinada. Pero las épocas por las que pasa una tal historia son de muy distinta cultura, igual que los historiadores de los que puede servirse, así como el espíritu que habla en ellas por mor del escritor es diferente del espíritu de esas épocas. Cuando el historiador quiere describir el espíritu de las épocas, suele dominar el propio espíritu. Así, *Tito Livio* pone en boca de *los antiguos reyes de Roma, de los cónsules y de los generales de épocas antiguas*, DISCURSOS que serían propios de un hábil abogado (un orador rábula) de su época; y ofrecen el más violento contraste con las viejas sagas auténticas, como la fábula de Menenio Agripa sobre el estómago y las entrañas —nos *proporciona* así DESCRIPCIONES *completamente* PORMENORIZADAS, MINUCIOSAS, de batallas y OTROS ACONTECIMIENTOS, como si él los hubiera visto, con un tono y con una precisión [en los] detalles que hubieran sido imposibles en las épocas en que sucedieron—. Descripciones cuyos rasgos pueden ser necesarios de nuevo, p. ej., para las batallas de todas las épocas y cuya *precisión* contrasta nuevamente con la carencia de *conexión* y con la *inconsecuencia* que *reina* en otros fragmentos acerca del curso de *las circunstancias* capitales. Lo que diferencia a un tal compilador de un historiador original se reconoce de la mejor manera al comparar el *Polibio con el modo* en que *Tito Livio emplea*, extracta y abrevia su historia sobre el periodo del que se ha conservado para nosotros la obra de Polibio. *Joha-*

nes von Müller, esforzándose en ser fiel en su descripción a las épocas que describe, ha dado a su historia una *apariencia seca, vacuamente solemne y pedante*. En el viejo Tschudy se lee lo mismo mucho más gratamente, de modo más ingenuo y natural que aquella manera *artificial y afectadamente arcaica*.

Ese intento de *trasladarnos* por entero a las épocas de modo totalmente intuitivo y vivo —[de lo que somos]^V tan incapaces como un escritor— un escritor es también nosotros; pertenece a su mundo, a sus necesidades e intereses, a lo que tiene por elevado y honra. Sea como fuere, cuando, p. ej., [penetramos en]^{VI} la vida griega, que nos agrada en tantos y en tan importantes sentidos, [no podemos]^{VII} igualmente simpatizar en muchos aspectos esenciales, sentir con ellos, griegos. Aunque nosotros, p. ej., nos intereseamos en grado sumo por la ciudad de *Atenas* —patria nobilísima de un pueblo culto—, y participemos totalmente en sus acciones y usos, no simpatizamos con ellos cuando se postran de rodillas ante Zeus, Minerva, etc., [cuando] el día de la batalla de Platea se atormentan hasta el mediodía con *los sacrificios* —esclavitud—. Como no tenemos la simpatía de un perro, sí que podemos imaginarnos un perro particular, adivinar sus ademanes, fidelidad, maneras especiales.

Se ha intentado *también de modo diferente* traer a nosotros lo histórico, si no la comprensión simpática por medio del tono, por lo menos la claridad, la vivacidad del sentimiento, vivacidad que es claridad, es decir, una exposición de los acontecimientos, de las costumbres, del modo de sentir, completamente determinada hasta en el menor detalle.

A saber, una historia que quiere abarcar con la vista un largo periodo o el ciclo de la historia universal, no puede por menos que *renunciar en mayor o menor medida a la presentación individual* y arreglarse mediante *abstracción*, epitomar, abreviar; esto [significa] no únicamente *dejar fuera muchos* acontecimientos y acciones, sino que el pensamiento, el entendimiento, es el más poderoso epitomador. Así, p. ej., se ha librado una batalla, se ha tenido *una gran victoria*, *una ciudad* ha sido sitiada en vano, etc. Batalla, gran victoria, sitio —todas estas *son representaciones generales* que reúnen una *extensa totalidad individual* en una

simple determinación dispuesta para la representación—. Cuando se narra que, al comienzo de la *guerra del Peloponeso*, Platea fue sitiada largo tiempo por los espartanos y que, una vez que hubo huido una parte de los habitantes, la ciudad fue tomada y ejecutados los ciudadanos que habían permanecido en ella, esto es *brevemente* agrupado —no únicamente mediante una representación cuantitativa, *i. e.*, general, reducida mediante la reflexión—; esto que Tucídides describe *extensamente* con tanto *interés* en todo su detalle —o que una expedición de los atenienses a Sicilia tuvo un desenlace desgraciado—. Pero, como se ha dicho, es necesario para la *visión de conjunto* ayudarse de tales *representaciones reflexionantes*, y tal *visión de conjunto* es igualmente necesaria.

Es cierto que dicha narración se torna entonces tanto más seca: qué nos puede interesar si Tito Livio, después de relatar 100 veces 100 guerras con los volscos —entre otras con la expresión: ese año también tuvo lugar una guerra victoriosa contra los volscos o fidenates^{viii}, etc.

(Frente al modo general) de (presentar vivazmente) todos los rasgos singulares, de modo infinitamente exacto, esos reúnen y recogen por doquier (Ranke) la colorida abundancia de *detalles*, de *pequeños intereses*, acciones de los soldados, asuntos *privados*, que no tienen influencia alguna en el interés *político* —incapaz de un todo, un *fin* general.

Tal modo de escribir la historia carece de vida —aquellas formas, representaciones abstractas, vuelven seco el contenido.

Por lo menos si no esa viveza de la sensación, sí de la intuición de la representación, gracias a que no se quieran reproducir las épocas antiguas mediante una *elaboración propia*, sino proporcionar mediante *cuidadosa FIDELIDAD* una imagen de las mismas.

Recoger de todas partes [una] serie de rasgos como en una novela de Walter Scott; seleccionar *aplicada y laboriosamente los mismos* rasgos que aparecen en la historia, en la escritura epistolar y en las crónicas. Tal manera nos enreda en las muchas singularidades accidentales, [que son] históricamente *correctas*. Pero el interés principal no se vuelve en absoluto más claro; al contrario, [se vuelve] más enmarañado —y así [es] indiferente el nombre de ese soldado: tiene por completo el mismo efecto—. [Se debería] *dejar* eso a las *novelas* de Walter Scott, ese colorido en el detalle respecto de los pequeños rasgos de la época —donde los

hechos y el destino de un *único* individuo constituye el ocioso interés, también lo *por completo particular* de intereses similares, pero no así los *retratos* de los *grandes intereses de los Estados*: en éstos desaparece *aquella* particularidad de los individuos—. Los rasgos tienen que ser característicos, significativos *para* el espíritu DE LA ÉPOCA —esto tiene que ser logrado de un modo más elevado y digno; los hechos y acciones *políticos*, las propias costumbres —lo *general* de los intereses en su determinidad.

β) *Historiografía* en general.

La peor manera del pragmático —de ahí las preguntas *morales*: pequeño espíritu *psicológico*— va tras el móvil de los sujetos, no partiendo de concepto alguno, [sino] de inclinaciones y pasiones particulares —no ve la cosa misma como impulsora, efectiva—; va narrando —asimismo sigue narrando de forma *compiladora*—, y se abate, de tanto en tanto, sobre los acontecimientos e individuos con *un golpe moral en el flanco*, mediante reflexiones cristianas edificantes y de otros tipos despierta de esa narrativa consoladora —una reflexión edificante—, e inserta una exclamación y doctrina parenética y cosas semejantes.

ββ) A un segundo tipo de historia reflexiva en general conduce de inmediato la primera en general —ésta es la pragmática o nombre alguno — es lo que el historiador se propone en general, una [representación]^{IX} más desarrollada y exacta del pasado. [Si nosotros los individuos] y sus vidas, — no tenemos ante nosotros tal totalidad, y tratar en este punto [con algo]^X vivo, αα) sino que nos las tenemos *que* ver, antes bien, con un mundo reflejado, *i. e.*, con un pasado: *su espíritu, sus intereses, su cultura*.

En general, historia AL MODO DEL ENTENDIMIENTO—^{XI} αα) el objeto es un todo de interés, como totalidad de un Estado, acontecimiento de una guerra que hace época —también individuo.

ββ) El objeto es — ββ) También aquí un interés *presente* — pero [habrá que] renunciar al *presente del tono*, de la sensación, de la externa claridad en las circunstancias detalladas de los destinos de los individuos privados singulares en tanto que tales —existe el estado de necesidad DE UN PRESENTE; — éste no [reside] en la historia — tal presente [surge] en la consideración que tiene el *entendimiento* de la actividad y esfuerzo del espíritu en ello — [Lo]

externo [de los acontecimientos es] *gris*; pálido, *el fin, entendimiento* del mismo, Estado, patria, su *conexión interna, lo general de la relación* en ellos es lo *duradero*, asimismo AHORA ES VÁLIDO y presente como antes y siempre. Al principio un pueblo tosco, encubierto, [no] como tal sino en la medida en que de lo que se trata es de ser un Estado – Sometimiento como Estado, [un] todo racional en sí, es un fin racional universal. Cualquier ESTADO es un FIN para sí; su conservación hacia *afuera*, su desarrollo y CULTIVO hacia adentro – sucede en una *serie necesaria de estadios* a través de la cual surge la *justicia* racional y el *afianzamiento de la libertad*; – un *sistema de instituciones* – α) como *sistema la consecuencia* β) su contenido asimismo, a través del que los verdaderos intereses son llevados a *conciencia* y a la realidad, son satisfechos. En cada progresar de un objeto no solamente [existe] la consecuencia externa y la necesidad de la conexión, sino necesidad en la *cosa* –en el concepto–. Ésta [es] la verdadera cosa, p. ej., donde el Estado – alemán – romano – o GRAN acontecimiento singular –*la Revolución francesa*– en SÍ cualquier gran estado de necesidad. Éste [es] el objeto y fin de los historiadores, pero también el fin del pueblo, el fin de la época misma. A ello remite todo^{xii}.

Tales reflexiones pragmáticas, por mucho que sean abstractas, *son así de hecho lo presente*, y avivan el relato del pasado, lo que debe *ser traído* a la vida presente – (Franceses – alemanes nos satisfacen más, así ha sucedido.)

Imperios, grandes individuos –otros individuos como *Napoleón* sólo momentáneamente–, en una dependencia esencial.

Si tales reflexiones son ahora de hecho *interesantes y vivificantes*, eso depende *del propio espíritu del escritor*.